

Patología ambiental

Lilia América Albert

Hace ya varios años que el concepto de patología ambiental ha estado vigente para referirse a las enfermedades de origen ambiental; éstas son el resultado directo o indirecto de la contaminación derivada de las actividades humanas y el desequilibrio ambiental sobre los seres vivos. A nosotros nos afecta, sobre todo, la entrada al ambiente de cantidades crecientes de muchísimas sustancias sintéticas para las cuales no contamos con mecanismos metabólicos que nos permitan eliminarlas sin que nos causen daño, el cual se muestra como enfermedades antes desconocidas, o bien, que las ya conocidas tengan mayor incidencia o aparezcan a edades más tempranas.

Ejemplos de las primeras pueden ser la llamada sensibilidad química múltiple; una reacción alérgica a casi cualquier sustancia sintética, incluso perfumes, aromatizantes, cosméticos y productos para la limpieza doméstica, o bien, el síndrome de fatiga crónica que, como su nombre lo anuncia, deja a los afectados prácticamente inválidos, ya que sólo pueden estar activos unas pocas horas diarias, pues continuamente padecen fiebre, dolores diversos, trastornos neurológicos y alteraciones del sueño. En cuanto a las segundas, incluyen algunos tipos de cáncer que ahora aparecen a una edad más temprana de lo común, el síndrome de pubertad prematura, el retraso mental de los niños asociado con la exposición crónica al plomo o los trastornos del equilibrio hormonal, como la infertilidad masculina, que son cada vez más frecuentes.

Hablar de patología ambiental en Xalapa podría parecer amarillista pero, lamentablemente, no lo es. Para cualquiera que haya estado atento a los drásticos cambios de la ciudad en los últimos 20 años, esta patología es notoria y, además, creciente. Sin embargo, a juzgar por las evidencias, las autoridades locales y estatales no se han dado cuenta de esta situación y su gravedad.

Un ejemplo sencillo es el de la basura; al respecto, es preocupante que los responsables no parezcan tener una idea, siquiera remota, de lo que puede y debe hacerse para controlar –no digamos resolver– este problema en la región y, naturalmente, en el estado. Un análisis somero de lo que se ha hecho, o se dice que se va a hacer en este caso, permite concluir que, en conjunto, se podrían calificar de tomadas de pelo sino fuera porque nos han costado y nos seguirán costando bastante dinero, además que es muy probable que ya nos estén generando problemas de contaminación ambiental y deterioro de la salud que antes no teníamos. Entre otros puntos, sería interesante saber cuántos viajes diarios se hacen para llevar la basura hasta el confinamiento que les toque y qué significan en términos de kilómetros recorridos, consumo de combustible, desgaste de vehículos y contaminación por emisiones y partículas a lo largo del camino y, claro, de enfermedades crónicas en los expuestos a ellas.

Sobre la idea “moderna” de que, para disminuir la que llega a los confinamientos –cuando éstos existen–, la basura se podrá quemar y, de pasada, producir electricidad barata para quienes acepten tener los “centros integrales” en su entorno, esperamos que sólo sea una estrategia para convencer a los lugareños pues, de llevarse a la práctica, independientemente de que la tecnología sea alemana, suiza o extraterrestre se generarán dioxinas. Claro que es probable que nuestras autoridades no se hayan enterado de lo que son éstas ni lo que causan y, a lo mejor, se están yendo con la finta de que la tecnología que les vendan –a qué costo y con ganancia para quiénes tampoco sabemos– es maravillosa. Los que sí nos vamos a enterar seremos nosotros, cuando las tasas de cáncer de todo tipo suban irremisiblemente en las zonas expuestas a los vientos que antes hayan pasado por los incineradores.

Otro asunto que está generando una patología ambiental, todavía inexplorada, pero no por ello menor, es el número excesivo de autobuses urbanos –chatarra humeante con ruedas– que recorren las calles de nuestras ciudades. No sabemos con qué criterios se otorgan las autorizaciones respectivas, pero cualquiera puede constatar que muchos comparten las mismas rutas y se aglomeran en las mismas esquinas, que la mayoría llevan menos de 10 pasajeros a bordo y no faltan los que van casi vacíos. Pero, para llevar a esos escasos pasajeros, esos armatostes generan una cantidad enorme de partículas y emisiones de sustancias nocivas que, en los países en que sí se estudian los daños a largo plazo, ya se ha demostrado que causan asma en los niños, además de cáncer y otra larga lista de enfermedades en adultos y niños.

Una muestra fehaciente de estos efectos es el lamentable estado de las estatuas en Xalapa, que se tuvieron que pintar para que no se note que están terriblemente oxidadas. Si eso les pasa a las estatuas, podemos imaginar cómo estarán nuestros pulmones, así como nuestras células, aparatos y sistemas como consecuencia de lo que respiramos.

Que no haya datos sobre la incidencia de estas y otras enfermedades en Xalapa ni, desde luego, en el estado, no significa que no existan, sino que nadie se ha dedicado a estudiarlas, lo que no es de extrañar, en vista de que ni siquiera se estudian casos más evidentes, como el aumento de la incidencia de cáncer en varios lugares del estado, que es denunciado de manera rutinaria por los afectados, tan sólo para ser negado de la misma forma por las autoridades.

Continuar con los ojos cerrados ante situaciones como éstas, mientras las autoridades incumplen su obligación constitucional de proteger nuestra salud y nuestro ambiente es lo peor que podemos hacer si, como es de suponerse, no deseamos tener plenitud de enfermedades en nuestra ancianidad y que nuestros hijos y nietos sean prueba fehaciente de que en Veracruz, también existe la patología ambiental, y no solamente en Suecia o Canadá.